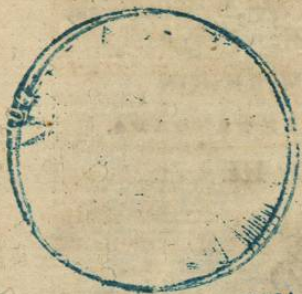


BX4654

L3

V. 3



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135801

---

PANEGÍRICO

DE SANTA ISABEL,  
hija de Andres Segundo, Rey de Un-  
gria, Duquesa de Turinga, y primera  
Religiosa de la Tercera Orden de  
S. Francisco:

PREDICADO

*El dia de su fiesta en la Iglesia de Se-  
ñoras de Santa Isabel, y despues en la  
de los RR. PP. Franciscos del Gran  
Convento.*

---

*Patior ; sed non confundor. Sufro ; pero  
no caygo baxo el peso de mis sufri-  
mientos. II. Tim. 1. v. 12.*

**L**a paciencia ensalza al hombre sobre sí mismo. Ella es quien le hace capaz de sostener los mas desgraciados acontecimientos. Hasta en medio de las miserias, consigue encontrar por ella una suerte feliz. Aquel á quien

A 2

ani-





anima la paciencia , todo lo sufre; ó por mejor decir , es superior á las mas violentas persecuciones , y triunfa del mundo , quando este cree triunfar de él. *Patior ; sed non confundor.*

Vosotras , Señoras , acostumbradas á formar vuestra virtud á exemplo de *Isabel* , habreis conocido ya su carácter á vista del retrato que os acabo de manifestar. Lo cierto es , que ella , como una grande y heroyca alma , advirtió por una revolucion fatal , que aquellos mismos dias que tenia llenos de gloria , se la mudaron en dias de humillacion. Vió , por decirlo así , que el Universo conspiraba contra ella ; pero su corazon era la piedra del toque de todos los acontecimientos. Nunca la deslumbrió la prosperidad , ni la adversidad la abatió. Aunque gozaba del poder y de la diadema , no advirtió su modestia en estas tan apetecidas distinciones , sino una grandeza aérea , al paso que en los contratiempos y persecuciones veía con su paciencia la verdadera felicidad. Como era dichosa sin orgullo , y desgraciada con dignidad , la hizo encontrar su paciencia en la Religion una corona mas sólida que aquella de que el mundo injusto intentaba despojarla. *Patior ; sed non confundor.*

Acabo , pues , de representaros á *Isabel* como el modelo de la paciencia christiana. Paciencia á quien , en verdad , pudo atacar el mundo , pero no arruinar ni destruir. Paciencia siempre combatida , y siempre triunfante.

La paciencia de *Isabel* , fué asestada por el mundo. *Patior. Punto primero.*

La

La paciencia de *Isabel* salió victoriosa del mundo. *Sed non confundor. Punto segundo.* Imploremos la gracia. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

Jamas fué la paciencia christiana obra de la Filosofia: lo es solo de la Religion. No puede dimanar sino del conjunto de las mas sublimes virtudes. Ella , como dice San Gregorio , es mas admirable y digna de estimacion que la gloria de los milagros , y , por consiguiente , el colmo del heroismo christiano. *Virtutem patientie miraculis majorem credo.*

Nunca hubo paciencia mas viva y constantemente perseguida que la de *Isabel*. Como victima inmolada á la injusticia , á la locura y al furor de un mundo , que siempre es enemigo de la santidad , fué su vida un continuado martirio. Aun su misma felicidad no estuvo libre de turbaciones.

El mundo supo llenar de amargura sus mas gustosos dias. Fué tan ingenioso , que á las virtudes mas puras de nuestra Heroína las manchó con los mas horrosos colores. En fin , aprovechándose el mundo de sus desgracias , se valió de ellas para excitarla las mas violentas persecuciones. ¡Qué carrera tan llena de abrojos para su paciencia! Pero ¡qué generosidad de sentimientos vamos á ver resplandecer! *Patior.*

Desde luego parece que nos anuncian los prósperos y venturosos dias de *Isabel* una perfecta gloria , y una constante felicidad. Naci-

A 3

da



da al abrigo del trono , y para el trono mismo , leyó sobre los soberbios mausoléos de los reyes de Ungría los nombres inmortales de sus padres y antepasados. Su anterior grandeza , anunciaba bien claramente la que á ella la esperaba. Advertía ; que los príncipes de la sangre que corría por sus venas , estaban entroncados con las mayores y mas augustas casas de la Europa ; y observaba tambien , que teniendo el cetro en sus manos , promulgaban leyes á sus pueblos. Todo esto que era anexo á la corona , lo miraba como inferior á ella , sin embargo de que la correspondia. Criada en la corte de Ungría , no tardó en manifestarse á la de Turinga ; como que por todas partes veía asuntos muy propios para desentrañar sus deseos. Aplicaba todo el ingenio para advertirles , y se apresuraba para ejecutarles. Notaba que deseosos los monarcas de merecer y ganar su corazon , se disputaban la gloria de proporcionarla el mas brillante destino , como lo merecia. Todo se dirigia á lisongear su imaginacion , presentando á su vista sin cesar los infinitos honores , inmensas riquezas , y poder sin límites que se la presentaban. La mas desmedida ambicion , no puede de ningun modo concebir lo que ella se debia prometer ; ó , por mejor decir , era nuestra Santa todo quanto se puede desear. Su padre era un gran rey , que la amaba de un modo inexplicable. Un príncipe soberano que la adoraba , debia ser su esposo. De todos modos se admiraban sus encantos y qualidades , no siendo ménos respetable su virtud. Era la de-

delicia de los pueblos , la admiracion de la corte , y la esperanza de Turinga. ¿Hay acaso felicidad mas perfecta? Pero ¿quál será la que no esté sujeta á las revoluciones y contratiempos del Mundo? ¿No se huyen precipitadamente los venturosos tiempos de una profunda paz? Si por cierto. Miétras que la corte de Turinga gozó de un dulce reposo , llenó de horror á toda la Ungría un acontecimiento imprevisto , y expuso la paciencia de *Isabel* á mas violento combate.

El zelo de Andrés II. le acababa de armar contra los enemigos del nombre christiano. Con la falta que hizo su ausencia , se tramó una conspiracion. Un vasallo honrado con la confianza del príncipe , abusó de su autoridad. Enemigo del trono , de quien debia ser el apoyo , hizo que fuese el objeto contra quien queria ensangrentarse. Quanto mas absoluto creía su poder , con otra tanta mas razon se persuadia que podria remediar los inconvenientes que se opusiesen á su depravado intento. La prudencia de la reyna puso un obstáculo á su ambicion ; pero ni el respeto á la humanidad y á la Religion pudieron conseguir entrada en su depravado corazon. La reyna ciertamente era el objeto á quien temia su política ; pero bien pronto llegó á ser la víctima de su furor. En efecto , atrevióse á cometer aquel arrojito , y , enardecido en el crimen , descargó con su mano el golpe mortal , corrió la sangre::: Espiró Gertrudis. Súpulo *Isabel*::::

¡O Cielos! qué tempestad tan funesta es la que



que viene á llenar de amargura sus mas preciosos dias! De nada servís vosotras encantadoras delicias de la corte : solo presentais á sus ojos una lúgubre y triste imágen : todo irrita su dolor : todo le aumenta. Acababa de arrebatár á su ternura aquella madre , cuya inclinación mas bien que la obligación se la habia hecho la mas querida de todas. Su virtud fué la causa de su muerte : su muerte un crimen , y el autor de él respírala con tranquilidad. ¡Triste situacion para *Isabel!* Desde aquel mismo instante la llevó ya su agitado espíritu sobre el sepulcro de una madre demasiado digna de su atencion y cariño. Dexa correr sus lágrimas impelida de tan grande dolor , y aun no sabia que hacerse en aquel lance. Pedía venganza la naturaleza ; pero se la oponia la Religion. Por una parte quisiera su amor castigar el delito , por otra deseára la virtud perdonar el crimen. Combatia la razon entre estos dos extremos , y , por fin , triunfó la paciencia. ¡O prodigio de la tierna santidad de *Isabel!* El primer rasgo de su paciencia es un milagro de generosidad. Bien podia su corazon dexar de perder á un delinquente ; pero su Religion la dictaba , que debia libertar á un christiano. La paciencia solo sabe vengarse por medio de los beneficios. *Pazior.*

Pero ¿para qué me he de detener en esta primera época de su vida? Su paciencia debe siempre caminar de experiencias en experiencias , y de trabajos en trabajos. Una desgracia acarrea otra. El mundo siempre lleno de amar-

amargura sus mas gustosos dias , y no contento con esto , se dedicó muy en breve á llenar de los mas feos colores las virtudes mas puras de aquella Heroína.

A su vista se presentaba por una parte la corte , y por otra la Religion. ¡Qué escuelas de sentimientos tan contrarios! ¡Cuán difícil es desempeñar las obligaciones de la una , sin exponerse al escarnio de la otra! En la corte parece que se autoriza el orgullo con el poder ; que la opulencia hace á los hombres insensibles , y que los placeres favorecen y patrocinan su desidia y floxedad , no siendo ménos comun que entre el bullicio de su tumulto se mantengan disipados. El ver en la corte á una princesa sobre cuyo corazon tenia mas imperio la Religion que el pomposo fausto del mundo ; á una princesa humilde en la elevacion ; penitente en medio de las delicias ; caritativa en la opulencia , y fervorosa en medio de la disipacion ; era el contraste mas admirable , y , por consiguiente , el mas propio para que fuese el asunto de la censura y murmuracion. Siempre se tiene envidia á aquello que no hay valor para imitar. El mundo se interesa en condenar todo aquello que le condena. Quanto mas santa era *Isabel* , mas enemigos tenia. Pero en vano , porque quanto mas se empeñaban en censurar sus virtudes , otro tanto mas se las realzaban con el mérito de la paciencia. *Magis patiens , magis est sapiens.*

Quando se advierte sobre el trono la humildad , siempre deberia este prodigio excitar la admiracion de los hombres. Una princesa que



que pone todo su cuidado en despojarse de la magestad que la rodea, queriendo mas bien entregarse á los cuidados de su pueblo y atraerse los corazones por medio de una bondad que la hiciese amable sin que se dexase de hacer respetar; es sin duda el espectáculo mas precioso y digno de estimacion. ¡Qué cosa tan grande es el persuadirse, que la grandeza del poder debe excitar en el alma una emulacion de virtud, y no un sentimiento de orgullo! ¡Cuán grande es, no digo yo el desentenderse del frívolo incienso de la adulacion (porque la verdadera virtud siempre supera á la lisonja), sino merecer los elogios y rehusarlos! En este caso, es claro, que la necesidad que obliga á recibir los honores, es tal vez mas admirable que la humildad que quisiera desentenderse de ellos.

Pero sobre todo, quando mas me admira y sorprende *Isabel*, es quando movida de la consideracion de ver á su Dios sobre la cruz y á ella sobre el trono, se recuerda su humildad, su miseria y su nada: quando santamente ansiosa de las humillaciones, descende, digámoslo así, á los mas viles ejercicios de la Religion, y quando corre á la sombra del santuario, transportada de su fervor, á ofrecer á los pies de un Dios coronado de espinas aquella brillante corona, cuyo resplandor no la permitia mantener su humildad.

Vosotras, señoras, os admiraréis á vista de lo que digo; pero otro sentimiento es el que llama las atenciones de la corte de Turinga. ¡Cuán equivocadamente juzga el mundo de la vir-

virtud! En la modestia de nuestra Heroína, no percibia mas que afectacion. A la verdad que siempre es culpable el manifestarse verdaderamente christiano, quando no se tiene por mérito el parecerlo. La calumnia suministraba ya fingidos é hipócritas sentimientos á las acciones mas santas de *Isabel*, y la autoridad se explicó igualmente. Sofia, madre del Landgrave de Turinga, se produjo contra nuestra Santa por medio de indecentes discursos. Juzgaba, amenazaba y condenaba. Quando la locura y la altanería anima al sexó femenino, todo le irrita, y no perdona ni aun á la virtud; pero esta se burla de sus reveses y amenazas. Es necesario grandes combates para acrisolar á los grandes corazones. Las desgracias solo sirven para que mas bien se conozca la santidad. El valor es quien únicamente forma á los héroes profanos, pero lo que caracteriza á los héroes christianos, es la paciencia.

¿Quién podrá reducir ó aminorar el heroísmo de *Isabel*? su paciencia la hace inaccesible á los resentimientos. Bien podria oponer la verdad á la impostura: y su conducta bastaba para hacer confesar á la corte, injustamente informada, que qualquiera puede humillarse sin decaer de su honor; que las obligaciones de la Religion jamas perjudican á los beneficios de la condicion ó estado, y que no hay verdadera grandeza sino en la santidad. Pero la paciencia la hizo sufrir sin murmuracion la tempestad. Padecia, callaba y perdonaba. La paciencia puso el colmo á su humildad.



mildad. *Magis patiens, magis est sapiens.*

Sin embargo, aun se la preparaban nuevos combates. La virtud de la caridad que la debiera haber hecho reyna sobre todos los corazones, la atrajo nuevos enemigos. ¡Quántas maravillas nos presenta aquella virtud! Al considerarlo parece que solo ella formaba el distintivo carácter de *Isabel*; pero aun se advirtió, en medio de su misma caridad, alguna cosa mas grande, mas noble y mas heróyca, qual era la paciencia que la animaba, purificaba y coronaba.

No, no creais que la distancia que hay desde el trono á la miseria sea capaz de cerrar sus ojos á la triste y compasiva situacion de los infelices. Lo que no podia experimentar por la elevacion de su gerarquía, lo palpaba con los sentimientos de su corazon. Por medio de un espíritu de Religion, se ponía en el lugar de la indigencia enferma é ignorada, y se hacia sentir todos los horrores de sus males. Se grababa en su alma sensible esta idea, y no habia cosa que mas estimase, en medio de su opulenta grandeza, que la necesidad de hacer bien y excusar á la miseria la vergüenza de cometer algun feo delito; de humillarse, y sufrir desprecios, y la desesperacion de perecer sin socorro.

Apénas acababa de unirse delante de los altares con el Landgrave de Turinga, quando se hizo su palacio el asilo de los pobres. Inmediatamente formó su liberal caridad el proyecto mas grande y extenso. Al pie de su palacio se levantó un vasto é inmenso edificio.

En-

Entre estas dos grandes obras, vivia *Isabel* sucesiva y alternativamente: la una, aunque brillante y augusta, no tenia para ella ningun atractivo: la otra, aunque lúgubre y triste, era el centro en donde su caridad la fijaba. Aunque metida entre los cortesanos, solo estaba gustosa en medio de los pobres. Insensible á los honores que los primeros la tributaban, prestaba atentamente sus oidos á las quejas que los segundos la dirigian. Al verla tan ingeniosa para descubrir la indigencia, y tan pronta para socorrerla, ponía á todos en precision de creer, que de una sola mirada penetraba los rincones mas escondidos de sus grandes estados. De una vez se vieron arrancar una multitud de infelices del sepulcro á donde su miseria les sepultaba. Los cuidados de la Santa les proporcionó una suerte tan dichosa, que aun no la hubieran hallado entre el seno de la opulencia.

En estas santas ocupaciones estaba *Isabel* enteramente entregada. ¡Qué deliciosos encantos encontraba en multiplicarlas y perpetuarlas sin cesar! Bien quisiera quitarse de otras ocupaciones para emplearse únicamente en esta, y no tener otra corte que los hospitales, otros cortesanos que los pobres, ni otro trono que el corazon de los infelices.

En efecto, á todos se les atrajo ácia sí. Esta dichosa y grande Santa, hacia, como era justo, la felicidad de Turinga. Miéntras que el príncipe se ocupaba en los negocios del império, la dexaba por depositaria de sus liberalidades. El uno meditaba proyectos de po-

lí-



lítica, y la otra obraba milagros de caridad. Aplaudia Turinga el valor de Luis, y no sabia como reconocer los beneficios de *Isabel*.

Pero yo me engaño: el tiempo mudó las cosas, y el ódio ocupó el lugar del amor. La caridad de nuestra Santa, no era ya mas que una virtud aparente. Siempre insensible el mundo á la miseria quando todavía no es su víctima, acusaba su caridad y condenaba sus generosos sentimientos.

En medio de aquellos funestos dias en que los estragos de una hambre universal estendia por toda Turinga la tristeza, la desolacion y la desesperacion; en medio, digo, de aquellos tiempos tan desgraciados, ¿quánto se esforzó y trabajó *Isabel* para reparar sus injurias y calamidades? Christianamente pródiga, sacrificó á las necesidades de su pueblo sus tesoros, y hasta su vida misma. Mas con esto, solo consiguió se armase contra ella la envidia. Sus limosnas se tenian por sospechosas: sus beneficios por profusiones indiscretas: y, en una palabra, llegó al extremo de ser acusada al tribunal de su mismo esposo, como si por sostener los intereses de su pueblo dexase de mantener los del estado.

¿Qué sucedió quando su caridad la arrastró hasta la obscuridad de las prisiones? Entonces se queria decir, ó que estaba guiada de la vanidad, ó que sus determinaciones y el rumbo que tomaba eran superiores á su estado.

¿Qué quando aplicó sus augustos labios á las envenenadas llagas de un infeliz, que por el

el género y causa de sus desgracias aun no se hacia acreedor á la caridad misma? El que en el heroísmo de esta accion, no quisiese reconocer el mundo injusto otra cosa que el acceso de un declarado delirio, como si fuese flaqueza y debilidad triunfar de la naturaleza.

En vano la acusais, enemigos de su virtud. Nunca, nunca triunfaréis de su paciencia: esta es una columna inexpugnable á quien sostiene su caridad. Su paciencia de ningun modo cede á los obstáculos que se la opongan. Acusad enhorabuena de ilusion á su caridad, que sin embargo de esto la vereis cada vez mas apresurada para multiplicar sus limosnas, y jamas capaz de hacer de ello una vana ostentacion. Motejad, pues, de afectacion á su virtud, que, por mas que digais, nunca dexareis de observar, que se retrae del bullicio de la corte, é íntimamente unida á Dios, estará siempre llena de zelo para hacer que el mundo ignore los éxtasis que la arrebatan. Decid desde luego, que su penitencia es indiscreta, que solo conseguiréis que huya mas bien de las delicias, reprima los movimientos de sus pasiones, y se haga cada vez mas hábil para ocultar baxo el oro y la púrpura, no digo yo las armas de su mortificacion, sino los instrumentos de su suplicio. Su paciencia es inmutable aun en medio de los mayores asaltos. Es un dique contra el qual vienen á estrellarse los impotentes esfuerzos de sus enemigos.

Pero ya es tiempo de que os la muestre en



todo su esplendor. El mundo, pues, no se contentó con dar á las virtudes de *Isabel* los mas odiosos colores: se aprovechaba de sus desgracias para suscitarla las persecuciones mas violentas.

En aquel tiempo estaba ocupado el trono imperial por un príncipe adornado de quantas circunstancias hacen grandes á los de su esfera. Como de elevado entendimiento, reunia en sí los conocimientos mas opuestos: la Religion, los negocios de su império, la política y la guerra, eran otros tantos puntos en que se hallaba perfectamente instruido. Tal era Federico II. quien ademas de estas ventajas, se le conocia por liberal, magnífico é intrépido. Sin contradiccion era uno de los mas poderosos monarcas de su siglo. ¡Dichoso él si tan brillantes qualidades no las hubiera obscurecido con unos defectos indignos de un emperador! Era vengativo, severo, cruel y poco religioso en guardar sus palabras. Ademas de esto, era artificioso y disimulado, sacrificando siempre los sentimientos de la conciencia por los de la ambicion. Por la mucha libertad que habia tenido con la corte Romana, se habia atraído ya sobre sí las excomuniones del Vaticano. Despues de mucho tiempo, le llamó la Iglesia en su socorro contra el poder Otomano. El mismo habia hecho á Dios en el templo el voto solemne de defender la Religion. Mas como siempre se mantenía suspenso entre los intereses de ésta y del império, aunque quiso á los principios, empezó á titubear y á retractarse de lo que habia dicho.

Sin

Sin embargo de esto, instaba y amenazaba la corte Romana, y aunque Federico se resistió largo tiempo por política, le hizo determinar, en fin, la Religion.

Los asombrosos preparativos que se hacian, anunciaban ya con seguridad el poco tiempo que tardaria en fixarse la cruz de nuestro Redentor sobre los despojos del Mahometismo. Ya se juntaban los príncipes de Alemania, y el Landgrave habia dexado á Turinga. Llámale la Religion, y desde este punto se separó de *Isabel*. Pero ah! ¡quantas lágrimas debia costar á nuestra Heroína el zelo de este príncipe! Lo que por de pronto hizo ella, fué reprimir los sentimientos de la naturaleza para no escuchar mas que las inspiraciones de la gracia. Su obligacion triunfó de su ternura. Bien quisiera su corazon haberse opuesto á los designios de Landgrave; pero su piedad la hizo condescender con ellos. Sin embargo de esto, aun no se habia perfeccionado el sacrificio. Los decretos de la Providencia la eran ocultos, é ignoraba las desgracias que la iban á suceder. Jamás volverá ya á ver aquel tierno esposo que consagra á la Religion. Vosotros, sagrados lugares, vosotros que estais teñidos con la sangre de Jesu-Christo, vais á ser regados con la sangre de este nuevo mártir. Mas no he dicho bien; porque Luis encontró el sepulcro antes de haber empezado su carrera. Víctima de su zelo, y sin haberle podido exercer, llegó á Otranta. Asáltóle la última enfermedad y le aniquiló. Murió en fin.

¡Hay christianos oyentes míos! ¿Si podrá

Tom. III.

B

Isa-



*Isabel* sobrevivirle? ¡Momento fatal por cierto en que siente toda la amargura de tan triste lance! Atemorizada con este golpe imprevisto, permanecia sin movimiento. Su dolor suspendia sus lágrimas, y la voz no podia salir de sus trémulos labios. Aficcion sin duda muy legítima! Jamas hubo príncipe mas digno de sentimiento, y con especialidad de el de nuestra Santa. El emperador perdió con él un príncipe que era el apoyo de su corona y el ornamento de su imperio. Los pueblos como que pedian de nuevo un bienhechor semejante, y los infelices lloraban en él un padre. La afligida Religion reclamaba á uno de sus protectores; pero en *Isabel* se reunian todas estas pérdidas. En ella sola se juntaban quantos motivos de dolor y sentimiento habia entre todos los demas.

Pero ¿que es lo que deberé yo admirar mas en esta ocasion, sus lágrimas ó su virtud? ¡O corazon verdaderamente generoso! No, no sabrá rehusar esta Heroína los sentimientos de la naturaleza; pero tampoco escaparse de quejas indiscretas. No acusaba ella al cielo de injusto: tampoco acusaba al Landgrave de temerario. Lo que á mí me parece que diria en medio de los piadosos movimientos de una tristeza moderada y sin ficcion, seria: *Obmutui, & non aperui os meum, quoniam tu fecisti* (1). Tú, ó Dios mio, hieres mi corazon del modo mas sensible: me privas de un príncipe que era el objeto de mi ternura, el consuelo de mi vida,

(1) Ps. 38. 13. v. 10.

la fuente de mi felicidad, y, en una palabra, un otro yo misma: yo adoro dentro de mi corazon la mano que me castiga: á tu justicia toca el experimentarme: mi obligacion es callar y conformarme con lo que hagas. *Obmutui, quoniam tu fecisti.*

¡Admirable resignacion! ¡heróyca paciencia! Mas yo creo, hermanos míos, que aun no conoceis mas que imperfectamente su alma: solo conocéis las primicias de sus reveses. Las desgracias atraen por lo comun las persecuciones. En efecto, Turinga mudó de semblante: *Isabel* perdió con su esposo su único protector: todo conspira á trastornar su poder: hasta entre sus mismos vasallos, no la habian quedado mas que envidiosos y enemigos. Un pueblo rebelde, se atrevió á persuadir al príncipe Henrique de Turinga, hermano del Landgrave, que se apoderase del gobierno, en perjuicio de su legitimo heredero. Una desgracia semejante, hizo que se ocultase nuestra Santa con los príncipes sus hijos. Hasta en su mismo palacio se atrevian á atacarla. No es su virtud la que se apetece; es su dolor á quien se quiere insultar. Quantas mas tramas y maquinaciones se formaban, menos respeto la tenian. Armóse por fin el furor, y resplandeció el odio. Arrancada del trono con ignominia, sin poder, sin fuerzas y entregada á sí misma, buscaba inutilmente un asilo seguro contra las persecuciones de sus infelices vasallos. Desconocida y despreciada se la arrojaba de todas partes con ultraje. En una palabra, era como extranjería en sus propios estados.